

Los Pájaros

SIGAMOS a un muchacho vago que anda por el Parque Lezama. Ha recogido una colilla de cigarrillo y pidió «fuego» a un señor muy entretenido en espiritual conversación con una linda chica. El señor permanece perplejo en el primer momento, luego hurga en sus bolsillos, encuentra la caja de fósforos, enciende uno y satisface al pilluelo. Posiblemente, después, cuando se halle solo, a manos de sus pensamientos, considere que no ha obrado bien, y acaso se absuelva a sí mismo reflexionando que en aquel instante no estaba para moralista. Bueno, pues; el hombre sigue con su dama un camino pleno de natural poesía, esto es, árboles, flores y cantos de pájaros. Ya no los vemos más. Como llevan un libro, se sentarán en un banco a leer, aunque tengan pocos deseos de leer, pero quizá, considerando que en estos casos el libro y quien lo escribió pueden ser buenos pretextos, si es que recuerdan al Dante.

El muchacho vago, contento de que todo un señor le haya reconocido personería, adquiere aires de conquistador, y fuma con deleite y avidez la colilla que halló en el suelo. Allí hay un guardián algo inválido, armado de grueso garrote para asustar a los chicos. En cuanto pasa nuestro pilluelo, el guardián lo mira con prevención y juega nerviosamente con su garrote. Ya sabe que por algo está allí el muchacho, y no por nada bueno. Pero éste adquiere un aire tan manso, que el guardián juzga conveniente no impedirle el paso. Nuestro pilluelo ha conseguido disfrazar sus intenciones. Se interna en la arboleda y en lo más tupido se detiene. Veamos ahora qué hace. Extrae de un bolsillo unas tiras coloradas y un cortaplumas. Como extiende las tiras coloradas y éstas luego se contraen, se comprende que son de goma. Luego de atisbar, busca en el ramaje bajo de un árbol cercano y corta una ramita en forma de Y. Ata las tiras coloradas a las puntas del natural utensilio y a los extremos opuestos un retacito de cuero. El muchacho ha confeccionado, según es dable inferir, una «gomera», una honda para matar pájaros.

Veamos ahora el espectáculo circundante, con prescindencia de todo sujeto. Egloga, en verdad. El divino verde de los árboles, produce en el aire ligero susurro de seda femenina. Al sensible sentido, atento a las sensaciones como una boca sedienta, llegan los aromas de las flores abiertas. El cielo, de azul tan diáfano como ha de serlo en Grecia, por el lado del Partenón. Cerca, salmodia su canción con fresca

voz aldeana una fuente rústica. Y sobre toda esta bendición, sobre toda esta infinita bondad de la madre naturaleza, los poetas alados, los gentiles pájaros entonan en la fronda su madrigal azul. ¿Qué música puede haber más sublime que la que concierta este trío del agua, el pájaro y la fronda? ¿Qué verso fué escrito que elevara el espíritu como el ingenuo regocijo del agua que canta? ¿Qué pincel hubo que extendiera en la tela un celeste tan diáfano como el de este cielo y un verde tan sereno como el de esta sonora fronda?

Y ahora bien; la contemplación de la naturaleza suaviza los ánimos y pone una flor de benevolencia en la fiera que mira con ojos extasiados la virgen floresta. Aquí, el ambiente es un sedante para el espíritu afiebrado por los rigores de la metrópoli. Adviértese que la naturaleza tiene la gravedad de un templo que invita al recogimiento y a la meditación. Tal es la honda religiosidad del momento. Hallándonos en un paraje así, notamos cómo el más grande libro de moral está en la naturaleza, cómo es dable modificar el carácter a su contacto y hacer del hombre hosco un santo bajo el influjo de la liturgia lírica del agua, la fronda y el pájaro. Y pensamos que la verdadera educación de los niños debería ejercerse poniéndolos en contacto con la poesía de la naturaleza, lejos de nutrirlos con pésimos textos de lectura que ni pueden llegar a acostumarlos al ejercicio normal de una pasable sintaxis, y lejos de enseñarles a declamar renglones cortos, falsos y fríos, carentes de sentimientos. En un instante, planeamos todo un sistema de educación nueva, fuerte y sincera.

Pero, ¿qué ha hecho en tanto nuestro muchacho vago? Volvamos a él. Por lo visto, se ha llenado los bolsillos de piedras. Acércase con sigilo a las frondas más pobladas de pájaros y lanza el cargamento de su honda. Silba la piedra. Hay un revuelo sonoro, una agitación despavorida de los gentiles poetas agredidos. Y agredidos, ¿por qué? Por cantar. Por decir su canción de amor y esperanza. ¡Ah, si tuvieran ellos pico y garra de acero! El ánimo es malo, pero la puntería, por suerte, peor. Sólo un pajarito ha caído y pía lastimosamente en el suelo. Claro está, nos acercamos al muchacho y le arrebatamos la criminal «gomera», que cae de nuestras manos nerviosas, hecha pedazos. Socorremos al animalito herido. ¡El agua de la fuente rústica es tan buena! En las miradas del pájaro no hay rencor. Hay sí como una vaga pregunta: ¿Por qué me

han lastimado si no hacía más que cantar?

¡Adiós nuestros sueños educacionales al aire libre, en contacto con la naturaleza! Allí había un temperamento malo y no lograba dulcificarlo el canto de los tres elementos. ¿El barro humano es, en verdad, irremediable?

Pero no; lo que hay es que la desidia general está destruyendo todo el lirismo alado que nos acerca al cielo. Los pájaros se van, corridos por el instinto sanguinario del hombre que les destruye los nidos, lejos de ofrecerles el heno de su campo y las migas de su mantel. En su preocupación material, el hombre ha dejado que los niños los cazaran con «gomera», y así se está yendo poco a poco la alegría de la naturaleza, la bella visión de los pájaros, el ideal de la vida. Después, cuando ya no existan, es posible que el hombre, materialista y rudo, los eche de menos, y crea en el beneficio de su canto alado. Que por cierto es inmenso beneficio. Ellos concretan la poesía y nos dicen que la vida es noble y bella. Son un himno viviente. En los variados registros de su flauta, resuenan los trinos de la alegría, del amor y del dolor. Ellos son la voz de la naturaleza. Tienen, pues, una importancia trascendental, quizá tanta como el buen señor práctico que juega al agio en la bolsa.

Se van los poetas de la naturaleza, corridos por el odio resumido en la escopeta o en la «gomera». ¿Y no hemos de hacer nada por ellos, poetas amigos, si ellos son nuestros hermanos, como nosotros líricos, y perseguidos como nosotros por el practicismo invasor?

Almas buenas, protegéd a los pájaros. Despedazad las «gomerías» que halléis en poder de los niños. Y no dejéis de guardar para los alados trovadores unas cuantas migas de vuestro pan diario, que ellos os lo pagarán con la celeste melodía de su canto.

JOSÉ MUZILLI

(El Hogar. Buenos Aires).

Nota bibliográfica

ADOLFO AGORIO.—*La Rishi Abura. (Viajes al país de las sombras).* «BIBLIOTCA ATLÁNTIDA», Buenos Aires, 1910.

EN la tercera y última serie de *Letters from a Living Dead Man*, el misterioso autor de las sensacionales cartas profetiza que en estos tiempos aumentará considerablemente la publicación de libros «psíquicos» y que la literatura de ultratumba conquistará una posición predominante. La profecía se cumple. Páginas como